

Enfatizando lo obvio: crecimiento-decrecimiento y emancipación social¹.

No hay mito que mejor resuma la condición humana que el de Sísifo: empujando la piedra hasta la cima, ésta rueda montaña abajo justo antes de llegar a la meta, y Sísifo tiene que volver a empezar permanentemente. Insiste en ello Jorge Riechmann, que también nos recuerda la misma moraleja cuando recurre a aquellas palabras del padre fundador de la economía ecológica, Georgescu Roegen, sobre la necesidad de insistir en lo evidente: *“lo obvio debe ser enfatizado, porque ha sido ignorado mucho tiempo”*.

Y lo obvio, una de nuestras particulares cargas de Sísifo, es volver a recordar que en un planeta finito nada, ninguna cosa, puede crecer hasta el infinito. Y menos a un ritmo exponencial, como crece nuestro sistema económico, que suponiéndole unas moderadas tasas de expansión del 2,5% anual dobla su tamaño cada 28 años. Los cuentecitos didácticos sobre la explosividad del crecimiento exponencial son abundantes: si dobláramos sobre sí mismo un papel muy fino, como el que se usa en la Biblia, al cabo de 10 pliegues alcanzaría casi el centímetro de grosor, con 17 pliegues el metro treinta centímetros, con 25 pliegues casi los 400 metros, más alto que un rascacielos, y con 45 pliegues nuestro papel de Biblia alcanzaría la superficie lunar. O si alguien hubiera invertido un penique de oro a un interés compuesto del 5% en el año 1 de nuestra era, en 1990 tendría dinero suficiente para comprar 134.000 millones de bolas de oro ¡del tamaño de la Tierra!

Aplicando matemáticas al alcance de un niño de primaria se llega a la conclusión, irrefutable, de que una civilización basada en el crecimiento perpetuo está condenada a ser una excepción. Algo de vida muy breve en términos históricos, salvo que diera un hipotético salto estelar y trasladase su expansión por el cosmos, hipótesis a la que la ciencia ficción nos ha familiarizado, pero cuya realización práctica dista mucho de ser técnicamente posible y moralmente deseable. Si esas matemáticas rudimentarias las complementamos con los conocimientos empíricos sólidos sobre el estado del mundo que ciencias como la geología, la climatología o la ecología nos han ofrecido durante el último medio siglo, la conclusión es tajante: de proseguir las actuales tendencias socio-económicas, el escenario más probable para el siglo XXI será el de un colapso social, sin que ningún fantasioso despegue del imperialismo intergaláctico pueda salvarnos de nuestra propia voracidad.

En esencia, ésta es la tesis planteada por el informe de los Límites del Crecimiento publicado ya en el año 1972, uno de los hitos científicos más importantes del siglo XX y también, seguramente, uno de los peor asimilados. Sus conclusiones, que preveían un hundimiento civilizatorio para el siglo XXI incluso ante escenarios de multiplicación de los recursos naturales o saltos cualitativos a nivel tecnológico, despertaron una oposición unánime y muy irracional, tanto en las izquierdas como en las derechas. Y es que dichas conclusiones atacaban al corazón mismo del mundo moderno, declarándolo inviable a largo plazo y urgiéndonos a una transformación radical que nadie quería acometer.

Acusados de catastrofistas maltusianos y de peones al servicio de delirantes conspiraciones, el informe cayó en el ostracismo intelectual hasta que diversos acontecimientos recientes, como el sobrepasamiento oficial del pico del petróleo convencional en 2006 o la confirmación científica del cambio climático, nos han golpeado recordándonos que la crisis que desgarrará nuestras sociedades es, además de económica y financiera, una crisis socio-ecológica. Desde entonces los planteamientos decrecentistas, hasta hace unos años una postura muy marginal ligada al ecologismo más radical, se han colocado en el centro del escenario discursivo y se disputan con el progresismo tecnófilo de los siglos XIX y XX el imaginario civilizatorio de la izquierda mundial.

Recientemente, una polémica entre Florent Marcellesi y Vicenç Navarro ha abordado esta cuestión entre crecimiento-límites del crecimiento, que es sin duda uno de los debates más importantes para la transformación social, quizá la cuestión por excelencia, pues la respuesta a este debate condicionará todo lo demás. Por su trascendencia acercamos al lector/a de Voces del Pradillo esta polémica, en la que también han contribuido importantes figuras como Antonio Turiel, Pedro Prieto o Jorge Riechmann:

Artículo de Florent Marcellesi *“La crisis económica también es una crisis socio-ecológica”*:

¹ Artículo publicado en *Voces del Pradillo*, 16 de Febrero de 2014.

<http://florentmarcellesi.eu/2013/10/09/la-crisis-economica-es-tambien-una-crisis-ecologica/>

Respuesta de Vicenç Navarro “*Los errores de las tesis del decrecimiento económico*”:

<http://blogs.publico.es/dominiopublico/9039/los-errores-de-las-tesis-del-decrecimiento-economico/>

Respuesta de Antonio Turiel al artículo de Vicenç Navarro:

<http://crashoil.blogspot.com.es/2014/02/revista-de-prensa-vicenc-navarro-en.html>

Respuesta de Pedro Prieto al artículo de Vicenç Navarro, “*De progresistas y biofísica económica*”:

<http://lacrisisenergetica.wordpress.com/2014/02/08/de-progresistas-y-biofisica-economica/>

Post de Jorge Riechmann recopilando la polémica y realizando algunos comentarios:

<http://tratarde.org/marcellesi-navarro-turiel-y-los-limites-del-crecimiento/>

Finalmente, una humilde contribución en forma de breves comentarios en los que sacamos punta a algunas de las aristas de esta polémica.

1

Vicenç Navarro acierta en dos puntos de su argumentación:

- a) La historia del socialismo es compleja y, al menos en el plano de los debates teóricos, no se puede rebajar a la caricatura productivista finalmente implantada en los socialismos de inspiración bolchevique. Pero los resultados prácticos de las intentonas socialistas se parecieron tanto al capitalismo que sospechas como la de Marcellesi son también de sentido común. Esta replicación del productivismo capitalista en el socialismo no fue sólo una cuestión de creencias y valores, sino un fenómeno estructural con una explicación mucho más profunda, basada en el mantenimiento por parte del socialismo de las formas sociales fetichistas (mercancía, valor, capital y dinero) como centro de la constitución social.
- b) El determinismo energético es un error. La cantidad de energía disponible no determina la concreción de los hechos, lo que va a pasar. Pero lo que los recursos en general, y la energía particular, sí determinan es un límite negativo. En otras palabras, nada nos dicen de lo que es posible, pero nos marcan con claridad lo que es imposible. Y, como afirma Pedro Prieto con su esclarecedora gráfica, es imposible que el mundo equipare los niveles de consumo actuales del occidente desarrollado.

2

Para distinguirse de lo que llama ecologismo conservador, se sobreentiende de derechas, lo cual como afirma Turiel es muy problemático, Navarro reivindica la figura del eco-socialista Commoner. Sin embargo Jorge Riechmann ya señala que, reconociendo las importantísimas contribuciones de Commoner para pensar la sostenibilidad de nuestras sociedades, este tuvo un punto débil teórico, hoy ampliamente reconocido: su tecnoptimismo en relación al reciclaje infinito de materiales. Este reciclaje infinito, como aclara Riechmann, es un imposible termodinámico, imposible que además se ha corroborado empíricamente en el proceso de reciclaje histórico de algunos minerales, como el oro.

3

Vicenç Navarro pone el énfasis en los procesos de poder, procesos políticos, que determinan las realidades económicas. Pero el capitalismo, en última instancia, no crece empujado por decisiones colectivas planificadas por agentes conscientes en un proceso político. El capitalismo está obligado a crecer por un imperativo estructural anónimo generado por un mundo social en el que miles millones de productores separados, pero interdependientes a través de relaciones mercantiles, intercambian competitivamente una forma muy particular de riqueza, que es el valor. Incluso la cuestión de la deuda y el sistema bancario, aunque

acertada, no deja de ser un fenómeno de superficie. Es el famoso “*no lo saben pero lo hacen*” de Marx, que aunque siempre se media a través de la política, trasciende el marco de la política (por eso la política se ha visto siempre limitada a la hora de tomar el verdadero control de la civilización industrial mercantil, incluso allí donde ha tenido supuestamente todos los resortes, como en los proyectos socialistas, lo que ayuda también a explicar su deriva en capitalismo de Estado). Para que un proyecto ecosocialista futuro no recaiga en la defensa de la civilización keynesiana, que gente como Bourdieu concibe como el único horizonte posible para la izquierda, ni repita los errores del mutualismo de Proudhon que hoy vuelven a tener vigor en iniciativas como las monedas sociales, es interesante volver a Marx. Pero este retorno debe darse con un espíritu profundamente revisionista y desde un ángulo distinto al del marxismo, con el fin de retomar a la luz de la crisis socio-ecológica el verdadero proyecto de Marx, que no era hacer una economía política crítica, como pretendió el marxismo, sino una *crítica de la economía política*.

4

El determinismo político que defiende Navarro le hace incurrir en una serie de errores técnicos importantes. Como afirma Antonio Turiel, se nota que Vicenç Navarro lleva años desconectado de las polémicas energéticas “*y parece desconocer todo lo que está pasando con el petróleo*”. Sus argumentos están desactualizados. Turiel señala algunas falencias clave: ignorar los cambios, constatados y trascendentales, en la producción mundial de petróleo desde mediados de la década del 2000; no percibir que nuestras sociedades son esencialmente no eléctricas; pensar que las energías renovables pueden hacerse cargo técnicamente del actual nivel de consumo. En esencia, este determinismo político es el mismo que lleva a tantos a pensar que si no vivimos en un mundo movido por energías 100% renovables es porque los malvados oligopolios eléctricos se han conjurado en nuestra contra, lo cual es cierto, pero no basta: el gran problema de las renovables es que tienen un techo de producción energética objetivo que está a años luz de nuestras (disparatadas) necesidades de consumo.

5

En cierto sentido, el decrecimiento económico no es una opción política, sino una realidad constatada en nuestro país desde el año 2008. Como el planeta ya no soporta físicamente un crecimiento energético general, la economía global suelta el lastre de las regiones menos competitivas dentro del juego mundial del valor. La cuestión, paradójicamente, ya no es qué tipo de crecimiento queremos, sino qué tipo de decrecimiento: uno que exacerbe las desigualdades sociales, el totalitarismo político y arroje a amplias capas de la población a la exclusión social o uno que aproveche el frenazo para reorganizar el mundo sobre bases más maduras, autónomas, sustentables, equitativas y plenas.

6

Como ocurre con cualquier corriente de ideas, la crítica del crecimiento económico es una propuesta plural en la que no podemos confundir la parte de un discurso particular con el todo de la propuesta histórica de conjunto, que siempre será heterogénea y diversa. Son muchas las personas que, reconociendo que la prolongación del crecimiento económico es algo parecido a un suicidio de especie, se distancian también de posicionarse como decrecentistas en los términos en que éste ha sido construido. En este sentido queremos aclarar ciertos lugares comunes que, por lo menos algunos, tenemos relativamente claros y sobre los que existe confusión:

- a) Apostar por el decrecimiento económico no significa renunciar a la redistribución de la riqueza. Sin un fuerte componente redistributivo, el decrecimiento sería un proyecto destinado a jugar el papel de tonto útil del capitalismo terminal, fomentando que los pobres autogestionáramos la mierda de los basureros sociales a los que seremos arrojados. Sin redistribución la transformación social se reduciría a una fabelización con rostro humano.
- b) Que muchas corrientes decrecentistas, como los Movimientos en Transición, hagan hincapié en la dimensión constructiva del cambio social (cooperativas, consumos comunes, monedas sociales, economía local...) no implica abandonar el conflicto. Sí redimensionarlo, pues el siglo XX nos ha legado una importante lección sobre los peligros de la hiperpolitización de la transformación social. Algunos pensamos que el conflicto en el siglo XXI no se trata tanto de buscarlo, sino de encontrarlo. Y si hacemos las cosas bien, sin duda lo encontraremos.

- c) Que persigamos un descenso global de nuestros impactos ecológicos, mediante un decrecimiento económico planificado, no significa que algunos sectores productivos concretos, o países concretos, no tengan necesidad y derecho de crecer más (a costa, por supuesto, de muchos sectores productivos que deberían ser drásticamente reducidos o suprimidos). Ivan Illich lo afirmó de un modo muy claro: cualquier país tiene derecho a poseer el grado de desarrollo económico que permita, a cada uno de sus ciudadanos, ser poseedor de una bicicleta. Lo mismo podemos decir del agua potable, una dieta adecuada, o de antibióticos. Este horizonte exigiría que muchas regiones del mundo crecieran económicamente y que en otras desplomáramos, de modo controlado como en una voladura de un edificio, nuestro insensato modo de vida.

7

Porque una de las cuestiones clave que cualquier tentativa de transición sustentable defiende, con datos en la mano, es que sin la transformación radical de nuestros modos de vida imaginar un siglo XXII ya no sólo humanamente emancipado, sino siquiera humanamente habitable, es imposible. El propio Vicenç Navarro admite que él es profundamente crítico con la mera re-distribución de los recursos en su fisonomía actual, sino que aboga por un cambio radical del modelo productivo y por ende de consumo: “socialismo no es capitalismo mejor distribuido”. Para el caso de la URSS, Navarro parece señalar a la producción masiva de automóviles como un caso en el que los valores del capitalismo se trasladaron al socialismo, pues (añadimos nosotros) en el coche estos valores están *inscritos estructuralmente* en su misma existencia: el despropósito ecológico y social que representa un vehículo materialmente tan complejo y energéticamente tan exigente destinado a la movilidad privada. En este punto ambas posturas se tocan. Dilucidar cuáles son realmente las implicaciones materiales del cómo vivimos y del cómo podríamos hacerlo, para ajustarlas al imperativo físico que el declive energético, el agotamiento de materiales o el calentamiento global han introducido, es una de las tareas más importantes a la que nos enfrentamos. Después vendrá el reto, todavía mayor, de convertir un mundo energéticamente más pobre, y por tanto materialmente más constreñido, en un mundo vitalmente atractivo para generaciones educadas en la cultura del despilfarro.

8

Un debate tan importante no puede verse reducido al ámbito de internet, siempre vaporoso y poco relevante. Su verdadero sentido se descubre sólo implantado en espacios políticos. Es ahí donde la gente que se parte la cara y la espalda en intentar cambiar las cosas conforma sus visiones del mundo y donde nacen las acciones microscópicas que luego desencadenan los efectos determinantes. Aprovecho esta columna de opinión para recordar a los habitantes de Madrid Sur en general, y los activistas anticapitalistas en particular, que el *Instituto de Transición Rompe el Círculo* ha organizado un curso de formación/espacio de encuentro que gira, específicamente, en torno a esta cuestión en muchas de sus dimensiones. Precisamente el próximo jueves 20 de Febrero a las 19:00 h en el CA2M disfrutaremos del lujo de tener a Joaquim Sempere en Móstoles para hablar de las profundas conexiones entre crisis económica y ecológica. Para quien no lo conozca, Joaquim es doctor en filosofía, profesor emérito de sociología de la Universidad de Barcelona, traductor, luchador antifranquista y columnista habitual del diario Público. Una oportunidad inigualable para que la cuestión del crecimiento-decrecimiento pueda ser discutida en los términos que los tiempos nos exigen.